



Ricardo Güiraldes

Poemas solitarios

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Ricardo Güiraldes

Poemas solitarios

He puesto mis labios en los de la vida:

Náusea.

He visto la suerte golpear en torno suyo con manoplas de idiota.

I el hombre es un espectáculo tan pequeñamente sórdido, que busco en mí la soledad.

RECUERDOS:

¡Qué blancos eran los muros de las casas, qué heroicos los hombres!

El campo entraba hasta los aposentos y algo grande se acostaba en todas las sombras. Cualquier brisa tenía leguas de pampa y los sonidos llegaban sin rotura del llano, puro como un cielo.

La tarde agrandaba los troncos del monte y el medio día nos volvía centro de nuestra sombra, caída como un sudor.

Los árboles estaban más solos ante el firmamento.

I el sol estaba más presente en nuestras carnes y nuestros sudores.

El toro, con sus guampas, rompía viento como los mástiles.

I todo era más abierto:

El pampero silbaba millones de silbidos tajeándose en los pajonales, que se clareaban a listones como si la tierra acosada de felino enojo alisara el pelo del lomo.

I los ñanduces no hallaban límite a su andar medidor de desiertos.

La madrugada asistía a todos los despertares en los cuartos y la tarde a todos los retiros en la defensa del rezo.

Concluida la jornada, la silla del patrón, manchada en la sombra de los paraísos, tenía brazos de trono. Mientras el relato del capataz, resumía los trabajos del día.

I ya cuando el hombre callaba ante la noche, la luna se perdía en las huellas que dudaban.

«La Porteña»

Febrero de 1922

Tristeza serena, serena

sin protestas, sin vanos gestos

tristeza serena, tristeza conformidad.

Estar siempre equiparado al cielo inmutable, a la nube que vuelve, a la pampa que viste cuatro estaciones: de flor, de semilla, de sequía, de bruma.

Tristeza sin testigos ante el árbol que va a la muerte sin haber contado los años que vivió periódicamente.

Tristeza de los años que son ya un descenso.

No querer más ni menos de lo que se tiene y saber que el corazón se está comiendo a sí mismo en el andar.

Inutilidad del grito, de la expresión y del ademán.

El rostro que se apergamina en lisas arrugas de impasibilidad.

Tristeza de hombre vacío, dirán los que mucho han llorado ante el consuelo o la compasión.

Tristeza viril dirán los que se han dominado.

Tristeza de pampa, decimos nosotros en la costumbre de ver morir al hombre, a la bestia y al árbol ante el horizonte.

«La Porteña»

Febrero 1922

La vela, escuálido monje blanco, surte la llama.

La llama apunta al cenit en inquieta elevación: alma que ora, prendida a un cuerpo.

La luz mantiene mis ojos ligados a la vida y la vida es mi pensar, que en la soledad mueve cosas pesadas con sus hombros fuertes.

El reloj ha dicho las diez y todo en torno es sueño que respira en la brisa y el cantar de los grillos.

El campo se ha arropado en las húmedas sábanas de una bruma extática. Y una gran fiebre hace divagar las luciérnagas.

Soledad.

Un ruido de la noche hace su remanso de miedo en mi ignorancia. Nadie ha oído sino yo.

El día, áureo de sol y fuerte de olores a viento libre, ha cansado los cuerpos humanos que yacen lavados por el descanso.

En el espacio de leguas, leguas y leguas, tal vez ninguna otra alma humana tenga encendida su vela.

Soledad.

Yo quiero ese inmenso espacio de silencio que me agranda haciéndome pensar la noche.

«La Porteña»

1921

Los rostros son inexpresivos.

La risa, el llanto, son de hombre a hombre no de hombre a desierto.

¡I cuántas horas ante la tierra desnuda!

¿Con quién reír? ¿A quién llorar?

El silencio de los labios es tan habitual, que la palabra descansadora no los ha ablandado.

Solo ante sí mismo el hombre piensa y sus facciones expresan atención interior.

Arrugas no vendrán sino como tarjas del tiempo.

I edades no hay más que tres:

La edad en que se dice: todavía no puedo. La edad en que se puede sin decir. La edad en que se dice: ya no puedo.

Pero en la edad de los hechos se une el goce de haber llegado a la tristeza de sentir el descenso.

No protestamos porque para nosotros todo es aceptación.

«La Porteña»

Febrero 1921

La soledad absoluta.

I mi alma que bracea en derredor como un molino, sin encontrar más que viento en sus brazos abiertos.

El hombre que responde con suficiencia irónica a mi grito y a mi alegría.

I a veces la duda de que todo lo que agito en mi cabeza cargada de inquietudes no es sino locura. I mi sentimiento de soledad manía de persecución.

«La Porteña»

Enero 1922

Todo se ha agrandado en la soledad.

El crepúsculo hermana al mundo con los astros.

El cielo se ha dormido.

I un hombre que canta, desliza su alma por la falda de las montañas hacia la quietud inamovible.

Pequeña antena de carne alucinada de imposible, espero en la tensión de todos mis anhelos, que algo grande como un Dios me eleve a la armonía universal.

«Puerto Pollensa»

Septiembre 1922

El día inicia, en su explosión de luz nucleada por el sol, el eterno período de claridad que se salva de dos noches.

Soy centro de una tromba vital en elevación.

I abro las manos para que en ellas pase, vibre, resbale, todo lo que no puede ser finito.

«La Porteña»

1922

El hombre me ha dado la mano; la mujer su boca y su sexo.

Aún no sabemos cambiar almas.

Siento que los contactos son sólo recuerdos caídos de mi cuerpo.

I mi alma indecisa pugna por desprenderse del horizonte de mi carne para iniciar su mañana.

París

Abril 9 de 1922

Tengo miedo de mirar mi dolor, no vaya a ser que me quede demasiado grande.

Prefiero calzar mi deber como una valentía de espuelas e hincando mi pereza, que quisiera morir cobardemente, andar con frente firme ante la pampa yerma del dolor de los otros.

Sólo así quiero merecer.

«La Porteña»

Septiembre 1924

Me he acostumbrado a estar solo, como el ombú se ha acostumbrado a la pampa.

Mi alma es una esfera mirando su centro que es vigor.

Para caminar por la vida, sé sostenerme sobre las piernas de mi voluntad y mi coraje.

La noción de mi propia existencia me impide caer.

La vida es una obligación que mantener.

Ignoro la cobardía cuando me he dicho: «DEBO».

«La Porteña»

Septiembre 1924

Solo, para soportar el peso de mis palabras:

Las que no se dicen y coagulan un trozo de alma.

Convertido en mi propio presidio, tiendo ante mí el callejón pampeano de mis anhelos, para caminar inconsolablemente, lastimando mis dolores.

No quiero guías que confundan mi rumbo.

No quiero amigos sobre quienes pesar egoístamente.

Sé, que solo las llegadas, que son cansancio, pueden fructificar en partidas, que son victoria.

Ceder y poseer están dormidos en lo más solitario de mi intimidad.

Sé, que únicamente, cuando el silencio ha cerrado todas las puertas que la inquietud le inflige como espuelas, puedo encontrar; en mi alma, la acequia cantora de mi fuerza.

Buenos Aires

Agosto de 1924

En este momento, en que sufro, mi coraje debe comprender.

Nada es que mi cuerpo se bambolee en la pesada prisión de su dolor.

Tal vez, por ahí, un hombre harto, de amor o de belleza, ha dejado que su alma caiga de rodillas ante la vida, porque al fin ha comprendido.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

